

## Un soplo de Marx y un aire de socialismo en Marshall

Fernando Méndez Ibisate<sup>1</sup>

Recibido: 13/05/2018 / Aceptado: 30/09/2018

**Resumen.** Es conocida la preocupación de Alfred Marshall —al menos autoproclamada— por las condiciones de vida de los trabajadores, la pobreza o la desigualdad extrema, así como sus simpatías hacia los movimientos asociacionistas obreros y sus líderes, con quienes compartió amistad, reuniones, inquietudes filosóficas y hasta políticas. En este ensayo me propongo aclarar y determinar qué posiciones y propuestas defendió Alfred Marshall; hasta qué punto mantuvo ideas o puntos de vista socialistas y qué cambios o evoluciones experimentaron. Y, finalmente, si dichas posiciones o ideas permiten considerarlo un teórico puramente abstracto y alejado de cuestiones morales; un victoriano conservador, y hasta retrógrado; o un reformador socialista, un redistribuidor, tal vez más impetuoso en su juventud, que nos permita contemplarlo como un intervencionista.

**Palabras clave:** Marx; Alfred Marshall; socialismo.

**Clasificación JEL:** B14, B31, B51

### [en] A breeze in Marx and an air of socialism in Marshall

**Abstract.** Alfred Marshall's self-proclaimed concern about workers living conditions, poverty or extreme inequality is well known, as well as his sympathies towards workers' associationist movements and their leaders, with whom he shared friendship, meetings, philosophical and even political worries. In this article, I intend to clarify and determine what positions and proposals Alfred Marshall defended; to what extent did he maintain socialist ideas and how did his ideas change? And, in the last analysis, if these positions allow us to consider him a purely abstract theorist, far away from moral questions; a Victorian conservative, even a retrograde; or a socialist reformer, a redistributor, perhaps more impetuous in his youth, allowing us to see him as an interventionist.

**Keywords:** Marx; Alfred Marshall; socialism.

**JEL Classification:** B14, B31, B51

**Sumario.** 1. Introducción. 2. Marshall partidario del socialismo. 2.1. El predicador moralista y sus simpatías por los autores socialistas. 2.2. Viajes y contactos historicistas, institucionalistas y comunas cooperativas. 2.3. Sindicalismo, cooperativismo y otras afinidades de Marshall con el socialismo reformista. 2.4. La conexión Marshall-Marx. 2.5. Marshall y la intervención del Estado. 3. Marshall oponente del socialismo. 4. La compleja actitud de Marshall con el socialismo: el vínculo a través del utilitarismo. 5. Conclusiones. 6. Bibliografía.

**Cómo citar:** Méndez Ibisate, F. (2018) Un soplo de Marx y un aire de socialismo en Marshall, en *Iberian Journal of the History of Economic Thought* n° 5.2, 113-132.

### 1. Introducción

Es conocida la preocupación de Alfred Marshall —al menos autoproclamada— por las condiciones de vida de los trabajadores, la pobreza o

la desigualdad extrema, así como sus simpatías hacia los movimientos asociacionistas obreros y sus líderes, con quienes compartió amistad, reuniones, inquietudes filosóficas y hasta políticas. También sabemos su interés por los pensadores

<sup>1</sup> Universidad Complutense de Madrid

radicales, como K. Marx, F. Engels y F. Lassalle, cuyas obras y textos leyó en su juventud, así como su contacto directo con buena parte de los socialistas fabianos o el owenismo británico<sup>2</sup>.

De hecho, para algunos Marshall podría reconocerse como un economista socialista en sus principios y objetivos, aunque con un uso de medios y herramientas analíticas formales basados en el marginalismo, la matematización y la aceptación del mercado y la libre empresa, siempre con un alma reformista, moralizante y pendiente de mejorar la suerte de trabajadores y clases pobres mediante el sistema económico que desarrolló y al que dedicó sus esfuerzos y su conocimiento analítico. Tal sería la reivindicación reciente de su figura y pensamiento en el ámbito de la socialdemocracia, realizada por Fish (2012), pero también la crítica de aquellos autores que consideran un error o aberración el uso del enfoque microeconómico o neoclásico como racionalización justificadora de la intervención política en la economía, tan profuso y extendido desde los años 1940, y que consideran a Marshall como inspiración y bastión de sus fundamentos y desarrollo<sup>3</sup>.

Para otros, la mera idea de que Marshall, quien fundó, desarrolló y propagó el enfoque microeconómico imperante en el análisis económico; un rancio victoriano, de posiciones e ideas conservadoras; centrado en sistemas de equilibrio matemáticamente fundamentados y fuerzas cuasi físicas que empujan al sistema económico de forma natural (no digo mecánica, pues Marshall percibía el sistema económico más como un sistema biológico); y todo ello dentro del corpus teórico de lo que conciben como una disciplina social, compleja, marcada por las relaciones de producción configuradas a lo largo de la historia, pueda considerarse como un economista socialista, resulta una completa aberración<sup>4</sup>.

<sup>2</sup> Véanse Keynes (1924), Marshall, M. P. (1947) y Méndez Ibisate (2007) [2001].

<sup>3</sup> Tal es el caso de Dobbs (2009) y, tal vez, Reisman (1990). Pero, sobre todo, de la escuela austríaca.

<sup>4</sup> Incluyo aquí una amplia gama de pensadores socialistas, desde el socialismo reformista más moderado, incluso socialismo cristiano, hasta el más radical o revolucionario. En general, abarco a quienes no consideran el mercado (los procesos de información y decisión atomizados) como una institución viable, y menos aún eficiente, para resolver necesidades de tipo económico y consideran que una jerarquía o institución decisoria más o menos centralizada, por supuesto política, siempre es necesaria, no ya para encauzar (reglar o vigilar) dichas decisiones o procesos sino para tomarlas y ejecutarlas de forma directa. Un ejemplo reciente de rechazo a esa interpretación de un Marshall socialdemócrata puede encontrarse en el post de Dbfve (2012).

Cabe puntualizar que, a pesar del *ceteris paribus* o la simplificación matemática propia del modelo, el enfoque microeconómico también admite la percepción de la economía como materia compleja; que, como indicó F.A. Hayek, la cualidad de socialista y conservador no son excluyentes; que la idea de fuerzas naturales que empujan el sistema económico, inserta en el enfoque microeconómico, no está tan lejos del arquetipo de leyes económicas de la historia, que forman parte del argumentario de Marx con un componente de intereses peculiares de clase; y, por último, en la conexión de Marshall con el socialismo nunca debe olvidarse la importancia que otorgó a la Historia en la formulación, explicación y presentación de sus teorías y análisis, además de su contacto e influencias con historicistas e institucionalistas.

En todo caso, con matices y diferencias temporales, Marshall alabó y reprobó por igual el socialismo y la intervención estatal, lo que ha llevado a diversos autores a aclarar o justificar sus posiciones e ideas al respecto, así como sus variaciones a lo largo de su vida<sup>5</sup>. A este respecto no podemos obviar la faceta o perfil predicador que acompañó y caracterizó a Marshall y que, según Reisman (1990), explica buena parte de su armazón analítico y teórico, cuyo objetivo supremo fue lograr constituirlo en un sistema de ingeniería social plenamente exitoso.

En este ensayo me propongo aclarar y determinar qué posiciones y propuestas defendió Alfred Marshall; hasta qué punto mantuvo ideas o puntos de vista socialistas y qué cambios o evoluciones experimentaron. Y, finalmente, si dichas posiciones o ideas permiten considerarlo un teórico puramente abstracto y alejado de cuestiones morales; un victoriano conservador, y hasta retrógrado; o un reformador socialista, un redistribuidor, tal vez más impetuoso en su juventud, que nos permita contemplarlo como un intervencionista.

La respuesta no es unívoca o unidireccional y Marshall da lugar a poder ser considerado todas esas cosas, en diferentes momentos y partes de su legado intelectual. También en esto, J. M. Keynes tuvo un buen maestro.

A pesar del lado moralista y predicador que mantuvo toda su vida, Marshall fue un defen-

<sup>5</sup> Entre otros, McWilliams Tullberg (1982); Elliot (1990); Rima (1990); Reisman (1990); Samuels y Schuster (1990) o Groenewegen (1995).

sor del modelo o enfoque microeconómico a la hora de tratar estos asuntos y entendió la economía como una materia amplia y compleja<sup>6</sup>. Su elaboración del enfoque microeconómico fue fundamental, aunque no único motivo, en su rechazo de los postulados y proposiciones del socialismo reformista (fiel a su concepción del lema “*Natura non facit saltum*” siempre se opuso a los cambios bruscos, violentos o precipitados) dado que ese nuevo análisis o modelo derribaba las bases fundamentales de la teoría del valor y la distribución de D. Ricardo, es decir, la teoría clásica, Marx incluido.

Pero, fundamentado en una concepción o interpretación utilitarista, abrió el camino y las bases, seguidos hasta nuestros días por la mayoría de los economistas, para utilizar el modelo neoclásico o enfoque microeconómico como instrumento de intervención pública y herramienta de ingeniería social, instalando una interpretación socialdemócrata del modelo y de la economía. No revolucionaria, ni violenta, pero sí gradualmente transformadora de una sociedad hacia principios, ideas y valores alejados del liberalismo que suele achacarse tanto a Marshall como al propio enfoque.

## 2. Marshall partidario del socialismo

En la época victoriana británica en que Marshall vivió, cualquier tendencia hacia la reforma social podía tildarse como defensa del socialismo, incluyendo las obras de Carlyle, las contribuciones del socialismo cristiano, los semi-marxistas, el “socialismo científico” y su método historicista o los ensayos fabianos que, basándose en el estudio de “los hechos”, ejercieron gran influencia sobre el incipiente y creciente movimiento laborista independiente, origen del *Labour Party*.

En esa época, las influencias externas del socialismo británico llegaban más a menudo de los trabajos de Henry George y sus implicaciones sobre la propiedad de la tierra, que de las obras de Marx y Engels. Pero quienes apreciaban la literatura socialista foránea eran capaces de enlazar sus ideas con la tradición socialista francesa y los trabajos de Saint-Simon, Fourier, Proudhon y Louis Blanc; la perspectiva del socialismo germano expresadas en las

obras de Lassalle y Rodbertus; o, avanzado el siglo, las visiones socialistas utópicas trazadas por Bellamy, Gronlund, Tolstoi y Kropotkin. Y en cuanto al estudio del socialismo práctico, lo más indagado era el socialismo de las primitivas comunidades cristianas o los experimentos cooperativistas efectuados por Owen y sus seguidores en la producción y comercialización de bienes.

El cooperativismo tenía cierto auge y se identificaba con el socialismo en tanto que se oponía a la competencia. De modo que “socialismo significaba nacionalización de la tierra y abstenerse de la propiedad, tranvías municipales y bibliotecas públicas, lucha de clases e imposición progresiva” (Groenewegen 1995, 571), algo que podría ajustarse a los patrones de intervención e injerencia actuales de las administraciones políticas. Marshall encajaría en un socialismo apacible o previo, que supondría la intervención y regulación del Estado en lo referente a la distribución de la riqueza y la provisión de ciertos bienes o servicios; algo más próximo a la socialdemocracia del siglo XX, pero que no estaría mal si consideramos la intervención del Estado en la economía en esa época que, no obstante, ya estaba en auge y era creciente.

El período que más se identifica Marshall con el socialismo, 1860 a 1880, coincide con el estallido y consolidación del movimiento obrero: en 1864 se funda la Primera Internacional, en Londres; en 1868, Bakunin funda la Alianza Internacional de la Democracia Socialista y al año siguiente se funda el Partido Social-Demócrata Alemán. En 1867, Marx publica el primer volumen, único en vida, de *El Capital*; la agitación y curiosidad en torno a los derechos sindicales, el asociacionismo o el cooperativismo bullen en Gran Bretaña y su interés alcanza los centros docentes y académicos. Junto a ello, triunfan los nacionalismos en Europa, que no habían desaparecido plenamente, en parte como respuesta a la puesta en marcha del Tratado Cobden-Chevalier<sup>7</sup>. De 1866 a 1879 se producen reformas políticas en Gran Bretaña (segunda Ley de Reformas, 1867), seguidas de reformas sindicales y cambios en las relaciones industriales: en 1871 se promulga

<sup>6</sup> “La Economía Política o Economía es el estudio de las actividades del hombre en los actos corrientes de la vida”. Marshall (1890a), Libro I, Examen Preliminar, Cap. I, Introducción, secc.1, p. 1.

<sup>7</sup> Acuerdo de libre comercio firmado en 1860 entre Gran Bretaña y Francia, y extendido a otros países durante esa década al contener cláusulas de nación más favorecida, que permitió el desarme arancelario, la apertura comercial y de inversiones (ferrocarriles, por ejemplo) y desarrolló el libre comercio mundial.

la Ley de Sindicatos o *Trade Union Act*, ampliada en 1876, que impuso transformaciones en 1875 de la *Master and Servants Act*, una ley que retrotraía al sistema gremial. Dichos cambios promovieron también una revitalización municipal (urbanismo, parques y zonas verdes), una renovación de los saneamientos y otras medidas de salud pública, sobre todo en las ciudades, junto con la primera legislación que establecía una educación primaria pública libre y generalizada. (Groenewegen 1995, 102 y 574).

### 2.1. El predicador moralista y sus simpatías por los autores socialistas

Por Keynes (1924) y Marshall (1947) conocemos el interés de Alfred sobre cuestiones filosóficas, éticas y morales, previo a su empeño por la economía, que marcó toda su vida un enfoque moralista y un tono predicador, y lo condujeron en sus primeros años académicos a leer con avidez escritos de autores socialistas como Owen, Fourier, Engels, Marx o Ferdinand Lassalle, por quien sentía especial admiración. Precisamente, fue un mayor conocimiento del alemán para apreciar mejor estos autores en su lengua original lo que animó su primer viaje a Alemania, en 1868, donde contactó con la corriente historicista, atraído fundamentalmente por Roscher (Keynes 1924, 20)<sup>8</sup>.

El interés y, en ocasiones, entusiasmo de Marshall por la literatura socialista y reformista se centra, sobre todo, entre su graduación (1865) y su toma de posesión en Cambridge (1885) e incluye obras como *Social Statics: The Man "versus" the State* y los *Primeros Principios* (1862), de Herbert Spencer; *The Mill on the Floss (El molino del Floss)*, de George Eliot (seudónimo de la escritora Mary Ann Evans); Thomas de Kempis; Kant, Hegel o Goethe. Y aunque la Economía era la materia principal sobre la que pivotaban sus clases, la mezclaba con clases de Historia del Pensamiento Económico (*History of Economics*), la Filosofía de la Historia de Hegel e Historia Económica (*Economic History*). Incluso apro-

vechaba sus largos períodos de descanso en los Alpes, entre junio y octubre, motivados por un problema de riñón que le diagnosticaron, más cierta hipocondría añadida, para leer estos autores<sup>9</sup>.

Se han citado profusamente pasajes sobre su querencia por la metafísica, la ética e incluso la psicología,<sup>10</sup> así como sus “simpatías por la moral, los ideales y los incentivos cristianos”, reflejadas en la famosa anécdota de su “santo patrón”, que configuraron tanto su carácter de moralista y predicador como de teórico o científico (inclinado por las matemáticas). Keynes asegura que el primer Marshall “subordinaba los fines abstractos [del teórico y matemático] a la necesidad de obtener mejoras prácticas” (Keynes 1924, 6-12 y 37). Por lo que detrás del Marshall académico, economista y matemático había un ingeniero social en busca de aplicar el modelo microeconómico al interés y la mejora del ser humano, sobre todo de las clases menos favorecidas, como ya hicieran los clásicos. Marshall mismo relata que tales sentimientos y objetivos fortalecían su preocupación y búsqueda de no apartarse de la realidad cotidiana, mantener los pies en la tierra, en lo que a los asuntos económicos se refiere evitando así caer en la seducción de los juegos teóricos —incluido el ajedrez—, las elucubraciones filosóficas o los modelos matemáticos, por los que sentía especial atracción.

Aunque en los cursos de Filosofía Moral y Política que Alfred impartía intermitentemente para estudiantes femeninas en *Newham College* de Cambridge, entre 1870 y 1875, Bentham y Stuart Mill conformaban el núcleo de su programa, sus explicaciones incluían también las ideas e hipótesis de autores socialistas o colectivistas en la creencia, entonces extendida, de

<sup>8</sup> Marshall viajó a Dresden, con el fin de mejorar su alemán y poder leer a sus autores favoritos, sobre todo Kant, pero también Ferdinand Lassalle, en idioma original. Whitaker señala: “de todos los primeros socialistas, Marshall parece haber encontrado en Lassalle al más persuasivo y presumía de haber leído en otro tiempo casi todos los escritos de Lassalle” (Whitaker 1975, Vol. 2, p. 11). Posteriormente, en el invierno de 1870-71 y en plena guerra franco-prusiana, Alfred viajó de nuevo a Berlín.

<sup>9</sup> Véanse Marshall 1944, pp. 17-20; Whitaker 1975, Vol. I, p. 11 y Keynes 1924, p. 13. Deben considerarse también las influencias, alicientes y cambios suscitados en Marshall, desde 1865, por las controversias en Cambridge y Oxford, durante las décadas de 1860 y 1870, generadas por las Bampton Lectures de H. L. Mansel y su interpretación de la Filosofía de William Hamilton en favor de la teología cristiana y de poner al servicio de la iglesia anglicana el pensamiento de Kant. Todo ello en medio de la aparición del Origen de las especies de Ch. Darwin (1859); de los Principios de psicología (1855), los Primeros principios de un nuevo sistema de filosofía (1862) y los Principios de Biología (1864) de Herbert Spencer; y de la postura al respecto adoptada por H. Sidgwick, que influyó en Marshall. (Keynes 1924, pp. 7 y ss.).

<sup>10</sup> “Si tuviese que vivir de nuevo mi vida, la dedicaría a la psicología. La economía tiene muy poco que ver con los ideales. Si hablé demasiado acerca de éstos no deberían leerme los hombres de negocios” (Keynes 1924, 37). Véase también Whitaker 1975, Vol. I, pp. 6-8.

que eran estos pensadores quienes realmente se preocupaban por las condiciones y bienestar de las clases trabajadoras y de los nuevos grupos obreros que habían emergido con la creciente industrialización de la economía británica<sup>11</sup>.

Aunque Whitaker establece una relación biunívoca entre sus lecturas socialistas y un “nuevo tono”, reforzado tras sus viajes, que aprecia en Marshall a partir de la década de 1870 y que denota una preocupación creciente por la investigación inductiva e histórica, frente al carácter más deductivo y apriorístico de sus trabajos iniciales (Whitaker 1975, Vol. I, 52), sostengo que el tono filosófico, moralista o metafísico de Marshall estaba presente antes de su graduación en 1865, y que siempre consideró imprescindible el método histórico e inductivo. Citándose en tercera persona, Marshall revela que cuando impartía clases privadas de matemáticas, en 1867, e intentaba trasladar los razonamientos de D. Ricardo a matemáticas y gráficos para generalizarlos:

«Se sintió atraído hacia las nuevas perspectivas de la economía planteadas por Roscher y otros economistas alemanes; así como por Marx, Lassalle y otros socialistas. Pero le pareció que los métodos analíticos de los economistas de la escuela histórica [*historical economists*] no siempre fueron lo suficientemente minuciosos como para justificar su confianza en que las causas que asignaban a los acontecimientos económicos fuesen las verdaderas causas. De hecho, él pensaba que la interpretación del pasado económico era casi tan difícil como la predicción del futuro. También le parecía que los socialistas subestimaban la dificultad de sus problemas, y que asumían con demasiada rapidez que la abolición de la propiedad privada purgaría las

faltas y deficiencias de la naturaleza humana. Así que los problemas de la economía parecían crecer en dificultad y urgencia a medida que se acercaba a ellos.» (Whitaker 1975, Vol. I, p. 12. También Keynes 1924, 20).

Poco después, cuando investigaba las desigualdades salariales, Marshall relata que descubrió que no eran tan arbitrarias como solía considerarse y que estaban directamente influidas por causas naturales,

«Pero creía que las causas de estas causas no estaban completamente fuera del control humano, y que probablemente podrían modificarse para llevar a cabo un enfoque más próximo a la igualdad de condiciones, así como a un uso mejor de los productos fruto del esfuerzo humano en beneficio de la humanidad. Desarrollé una tendencia hacia el socialismo; que más tarde se fortificó por los ensayos de Mill en la *Fortnightly Review*, en 1879. Por tanto, durante más de una década permanecí bajo la convicción de que las propuestas asociadas al término “socialismo” eran el tema de estudio más importante, si no del mundo, al menos sí de todos los acontecimientos para mí. Pero los escritos de los socialistas por lo general me repelían, casi tanto como me atraían; porque parecían muy lejos del contacto con la realidad; y, en parte por esa razón, decidí opinar poco sobre el asunto, hasta que hubiese pensado mucho más sobre el mismo» (Marshall 1919, p. vii)<sup>12</sup>.

Whitaker (1972), McWilliams-Tullberg (1982) o Groenewegen (1995) coinciden en que, a partir de 1885, tras su retorno a Cambridge para ocupar la cátedra de Henry Fawcett, Alfred había dado un giro radical a sus simpatías feministas, socialistas y hasta reformistas. Pero sus lecturas e influencias socialistas todavía se conservaban en 1886. Así, cuenta McWilliams-Tullberg (1982) que entre los “*Papeles de Marshall*”, en la Biblioteca que lleva su nombre de la Universidad de Cambridge, hay notas de unos seminarios que impartió en 1886 como parte del programa, con el título de “Socialismo y las Funciones del Gobierno”, que fundamentalmente consisten en extractos de tex-

<sup>11</sup> Los estudios superiores universitarios femeninos fueron impulsados en esos años por Henry Sidgwick, que echó mano de sus colaboradores y discípulos, entre los que estaba Marshall, la esposa de Sidgwick, Eleanor Balfour, y Anne Clough, que fue la primera directora de Newham. Véase Méndez Ibisate (2007). Es más que evidente que la preocupación por la felicidad y bienestar de nuestros congéneres es tan antigua como la propia existencia del ser humano, de manera que se trata de un sentimiento general, extendido y consustancial al mismo, que incluso sienten los más malvados, como indica Adam Smith al inicio de su *Teoría de los sentimientos morales* (1759). El socialismo, de forma muy efectiva, efectista y rentable ha monopolizado tal idea ancestral y muy anterior a él, por cierto, presente en las religiones que el propio socialismo califica como tóxico o narcótico para el pueblo, convirtiéndose en su principal, cuando no único, valedor para vender e implantar mejor su doctrina o ideología.

<sup>12</sup> Se refiere Marshall a cuatro artículos sobre el socialismo que escribió J. S. Mill para la *Fortnightly Review* y que no llegó a concluir, publicados póstumamente en 1879 por la revista, el primer día de cada mes entre febrero y abril, posteriormente editados como “Capítulos sobre el Socialismo”.

tos diversos de escritores socialistas como Owen, Fourier, Shaffle, Saint-Simon, Louis Blanc, Lasalle, Marx y Gronlund<sup>13</sup>.

Marshall transmitía a sus alumnos que las ideas y propuestas socialistas no eran ridículas y tan sólo las ridiculizaban o despreciaban quienes nada sabían de ellas, advirtiéndoles que cuando se exponían ante cualquier trabajador honesto y serio lo convencían y convertían, con toda probabilidad. Podían transformarse en peligrosas, aunque no condujeran a la violencia. Y, advertía, no era improbable que tornasen en violencia pues entre los líderes del movimiento había estrategas muy capacitados y con la cabeza fría que, bien de forma honesta, en la creencia de que su fin justificaba los medios aunque éstos fuesen fraudulentos y violentos, bien porque fuesen completamente desaprensivos en la persecución de sus ambiciones personales, inducirían a que unos cuantos cientos de miles de personas bien organizadas, armadas y hábilmente dirigidas provocasen tumultos que podían producir pánico y terminarían justificando la adopción de una legislación reaccionaria. Por ello prevenía a sus alumnos que no acusasen al socialismo de despropósito e ignorancia, de lo que en absoluto era culpable, sino que, en lugar de eso, se concentrasen en la solidez de sus argumentos e insistiesen en que la administración y gestión del gobierno significaba despilfarro, estancamiento y corrupción. Subrayando, así figura en sus notas, un consejo: “confíen en la clase trabajadora”. (McWilliams-Tullberg 1982, 388-9 y 404, n. 54 y 55).

McWilliams-Tullberg lamenta que Marshall no mencione ni conecte con problemas de desigualdad en la distribución o los privilegios como germen de la pobreza. Pero de la discordancia de Marshall con su vertiente violenta no cabe colegir que fuese contrario a todo el movimiento, autores o ideas socialistas. Además, contradiciéndose, reconoce McWilliams-Tullberg que Marshall sí había contemplado y tratado el problema de la desigualdad, aunque —matiza— en sus inicios, lo que tampoco concuerda con la contundente crítica contra la desigualdad de su artículo *Some Aspects of Competition* (1890), donde defiende que el progreso económico exige como condición la responsabilidad individual libre, pero no el

mantenimiento de ciertos derechos de propiedad que conducen a unas desigualdades extremas de riqueza, que impiden a las personas dar lo mejor de sí mismos. (Marshall 1890b, 282).

## 2.2. Viajes y contactos historicistas, institucionalistas y comunas cooperativas

Sabemos que sus viajes a Alemania (1868 y 1870) y Estados Unidos (1875) fueron animados por su interés en Filosofía e Historia; pero también por el análisis en primera persona de lo que podía aportar una visión historicista e institucionalista a lo que, desde temprano, empezaba a considerar como anomalías o imperfecciones del mercado. Así, su viaje a Estados Unidos no sólo busca entender y analizar las condiciones económicas y sociales que han llevado a ese joven país al éxito de crecimiento y desarrollo, sino también las políticas y resultados procedentes de la protección comercial y arancelaria.

Sus viajes reforzaron, sin duda, cierta perspectiva institucionalista, pero sobre todo la influencia de la Historia en el análisis teórico y científico de la economía. De hecho, se produce un proceso de retroalimentación entre esos viajes; su interés por la Historia; el análisis de los acontecimientos que puedan influir en el devenir de las sociedades y su organización económica; la recopilación de datos con que corroborar y ejemplificar sus hipótesis; su afán por la búsqueda de la realidad, de lo práctico y aplicado; así como su imperiosa necesidad por aplicar la razón a la experiencia para evitar ilusiones teóricas, actitud que emana de su aproximación a Kant.

Sus visitas a Alemania tienden a relacionarse más con sus simpatías por los autores socialistas o historicistas; en tanto que, por los apuntes realizados por Mrs. Marshall (1947) y Keynes (1924), el viaje a Estados Unidos aparece más relacionado con el ámbito académico (Harvard y Yale); con el estudio histórico; la recopilación de datos o estadísticas; la búsqueda de casos de historia empresarial o evolución de algunas compañías norteamericanas; la organización industrial y el sistema laboral; así como el tema arancelario y su repercusión en dicha evolución y desarrollo<sup>14</sup>. Sin embargo, McWilliams-Tullberg (1982) relata que este viaje, financiado con un pequeño legado de su

<sup>13</sup> “Fourier, St. Simon, Proudhon y Louis Blanc han realizado muchas de las sugerencias más valiosas, al tiempo que más desenfrenadas, del socialismo.” (Marshall 1890a, 766, Ap. B).

<sup>14</sup> Keynes (1924), 14.

tío, duró tres meses y medio e incluyó específicamente una visita a la colonia Shaker, en Nuevo Líbano, y una parada larga en la comunidad de Perfeccionistas de Oneida, “posiblemente la sociedad comunista más floreciente de los Estados Unidos en esa época.” (McWilliams-Tullberg 1982, 393)<sup>15</sup>.

Estos viajes reforzaron su opinión positiva de las asociaciones de trabajadores, en concreto de los sindicatos, algo en lo que seguía a J. S. Mill, así como su excelente impresión de los sistemas de producción y organización cooperativos o su defensa de los convenios colectivos<sup>16</sup>. Pero Marshall queda igualmente fascinado por los valores de libertad, responsabilidad, independencia, flexibilidad, movilidad (también social) y hasta igualdad de oportunidades, que fomenta el sistema de mercado.

### 2.3. Sindicalismo, cooperativismo y otras afinidades de Marshall con el socialismo reformista

Las simpatías de Marshall por el movimiento obrero, el sindicalismo y el sistema cooperativo son anteriores a sus viajes. Surgen en su juventud y quedan asentadas con sus lecturas de J. S. Mill. Marshall se implicó pronto de lleno en las reivindicaciones sociales de los campesinos ingleses, especialmente en la defensa del derecho de sindicación de los trabajadores del campo del área de Cambridge.

Como diversos economistas clásicos y marginalistas contemporáneos, Marshall aceptaba un cierto tratamiento especial para la propiedad privada de la tierra: su limitación e intervención que, mediante el establecimiento de determinados impuestos especiales y leyes que los complementasen, introdujesen una redistribución sobre algunos valores o rentas agrícolas que, entendía, podían ser resultado de factores sociales (Véase Marshall 1890a, Apéndice

G). Y, aunque se opuso a la nacionalización de la tierra, simpatizaba con la restricción de los derechos de propiedad privada sobre la misma por razones sociales, pero, sobre todo, porque —como era tradición— consideraba a los terratenientes miembros improductivos de la sociedad en tanto que percibían unas rentas que no ganaban ni trabajaban, aunque esto no siempre fuese así<sup>17</sup>.

En la segunda mitad de la década de 1860 y durante un tiempo, Marshall estuvo activamente involucrado en la organización de un sindicato agrícola que reuniese a los trabajadores rurales, e incluso en torno a 1855, dentro de los contactos e influencias que mantuvo con algunos socialistas cristianos, como Frederick D. Maurice, Fitz H. Ludlow o F. J. Hort, participó en el impulso y creación de centros educativos y *colleges* en Cambridge para la formación de las clases trabajadoras (Groenewegen 1995, 573 y 612 nota 13).

Entre 1872 y 1874 hubo importantes y violentas revueltas campesinas en toda la zona de *East Anglia* (incluido *Cambridgeshire*) con motivo de demandas salariales y de sindicación. Las huelgas y los cierres patronales estaban a la orden del día. Uno de ellos duró casi medio año y los trabajadores se vieron obligados a retornar al trabajo ante la insuficiencia de fondos sindicales. Tales esfuerzos en favor de la sindicalización de los campesinos encontraron apoyos y críticas por igual en la Universidad de Cambridge. Pero Marshall estaba entre sus valedores, participando en mítines y ofreciendo discursos públicos en defensa de los derechos laborales y de sindicación de los campesinos, según consta en dos periódicos de Cambridge. Además, Marshall publicó dos artículos en el diario socialista *Beehive*, en abril y mayo de 1874, sobre tal asunto (McWilliams-Tullberg 1982, 378 y 402 nota 14)<sup>18</sup>. Según parece, las características que más atraían a Marshall de los sindicatos eran la autoayuda, la autodisciplina y el fortalecimiento del carácter para el trabajador, procurándole mejoras

<sup>15</sup> Se trata de su tío Charles, quien había facilitado financiación para sus estudios de matemáticas en Cambridge, en lugar de seguir la carrera hacia el ministerio evangélico en Oxford que había previsto su padre. No obstante, esa historia está desvirtuada por Keynes (Véase, Méndez Ibisate 2004, 326-7 y el capítulo 5, en general). Sabemos de sus visitas a estas comunas porque durante sus viajes Alfred mantuvo correspondencia regular con su madre, y esas cartas se guardan. Parece ser que, aunque las menciona, Marshall no da muchos detalles de estas visitas porque consideraba inadecuada la práctica de relaciones sexuales libres y comunes en dichas sociedades. (Véase McWilliams-Tullberg 1982, 393 y ss.).

<sup>16</sup> Sobre éstos ver Marshall [1925] 1966, 306. “The Old Generation of Economists and the New” (1879).

<sup>17</sup> Véase Groenewegen 1995, 583. A partir de estas ideas y principios puede entenderse la postura y opinión de J. M. Keynes sobre el rentista y el empresario, en su *Tract* (1923), cap. 1, o en la *Teoría general* (1936), sobre todo cap. 12, como continuadoras de una larga tradición asumida en Cambridge.

<sup>18</sup> Véase también Groenewegen 1995, 574-5. En estos artículos, Marshall procuró enfocar la economía como una ciencia positiva, tratando de acotar los casos, muy limitados y peculiares, en que podían realizarse prescripciones o recomendaciones en materia de actuación política y, menos aún, moral.

salariales y de sus condiciones laborales, así como cierta asistencia mutua en casos de necesidad (McWilliams-Tullberg 1982, 379 y 402 nota 18).

De esta época es también su conferencia “El futuro de las clases trabajadoras” (1873), donde Marshall expone las bondades del sistema cooperativo en la industria o régimen de autogestión por parte de los trabajadores en las fábricas, que les permite ser también capitalistas y directivos, favoreciendo su transformación en caballeros sin que tal categoría signifique un cambio en su actividad o tarea, y donde defiende la introducción de turnos y relevos en la producción<sup>19</sup>.

Sin duda alguna, Marshall consideró la cooperación o asociación libre como un elemento de progreso y avance hacia lo que denominó el “espíritu de caballerosidad en los negocios”, que estimaba como la forma y fórmula de proceder más elevada para industriales, comerciantes y trabajadores, llegando a calificar en su discurso ante el XXI Congreso Anual Cooperativo de 1889 “el movimiento hacia la participación directa de los empleados en los beneficios de los negocios como uno de los acontecimientos más importantes y esperanzadores de los tiempos modernos, y como uno de los mejores y más valiosos frutos del espíritu cooperativo.”<sup>20</sup>

<sup>19</sup> ¿Cuál es la diferencia entre un trabajador y un caballero? Es difícil de establecer pues, después de todo, “todo hombre, por muy rico que sea, si es un verdadero hombre y está sano, trabaja y lo hace duramente”. Tampoco estriba en que el trabajo sea o no manual, “pues los más insignes escultores hacen esto”. Ni tampoco “quienes se ganan la vida sirviendo u obedeciendo, pues los oficiales del ejército” tienen por obligación el servicio y la obediencia. Ni quienes reciben su sueldo del desempeño o realización de un trabajo desagradable, “pues a un cirujano se le paga por realizar funciones muy desagradables”. Y ni siquiera “aquellos que desempeñan tareas muy duras por una paga pequeña, pues duro es el trabajo y escasa la recompensa para las altamente cualificadas institutrices”. (Marshall 1873, 103). Los trabajadores se convierten en caballeros en la medida que se preocupan por adquirir una formación completa y liberal; aprenden el aprovechamiento del tiempo y del ocio, e incluso cuidan estas cosas más que “el simple aumento de sus salarios y comodidades materiales”, desarrollando “de forma sostenida un espíritu de independencia y de la propia estima, a la par que el respeto hacia los demás”; aceptan con igual firmeza sus deberes ciudadanos, públicos y privados; y toman conciencia de que son personas “y no meras máquinas productivas.” (Marshall 1873, 105).

<sup>20</sup> Marshall 1889, 252-3. Recogido también en Groenewegen 1995, 602. Su apoyo al asociacionismo obrero y el cooperativismo sigue a J. S. Mill, tal vez de forma más prosaica, según Groenewegen. Marshall, no obstante, considera que sus integrantes deben ser “hombres tan instruidos como lo son los fabricantes ahora.” (Ver Marshall 1873, 114). Sobre el espíritu de caballerosidad véase también Marshall (1907). En Marshall (1873) y Marshall (1889) usa el término gentleman o gentlemen, en tanto que en Marshall (1907) utiliza más la expresión chivalry.

Dicha participación de los trabajadores en los beneficios suponía, para Marshall, la ventaja de un contrato que beneficiaba a ambas partes, pues los trabajadores obtenían un plus sobre la remuneración de sus salarios y la empresa lograba una reducción en las fricciones o conflictos internos, mediante una mayor propensión de sus empleados por orientar sus esfuerzos hacia la mejora del beneficio de la empresa o, al menos, evitar su menoscabo. Además, tales incentivos atraían mano de obra más capacitada y con mayor afán que la media. (Groenewegen 1995, 602-3). Estas alabanzas al sistema de autogestión o participación directa de los trabajadores, como transformación de las relaciones laborales, permiten interpretar que Marshall contemplaba con recelo la relación habitual entre el capital y el trabajo dentro del mercado: no como un acuerdo cooperativo, un contrato libre y beneficioso para ambas partes que permitía mejorar las condiciones de vida del trabajador y su familia, sino, a la manera socialista, como un contrato que alienaba al trabajador, sobre todo si cercenaba cualquier aspiración del espíritu de caballerosidad económica.

Sin embargo, y como muestra de la complejidad, mudanza y posición real de Marshall frente al socialismo, Groenewegen sostiene que su actitud favorable hacia el cooperativismo reflejaría la idea, extendida en la época, de que tal movimiento serviría como antídoto eficaz frente a otras formas más militantes, incluso violentas, de socialismo. De hecho, en *The Economics of Industry* (1879), los Marshall habían intentado disociar el cooperativismo de ese otro socialismo, advirtiendo la crítica de Marx de que el cooperativismo era “un remedio demasiado suave para la enfermedad que afectaba a la sociedad”. (Groenewegen 1995, 458)<sup>21</sup>.

<sup>21</sup> «Karl Marx, que considera la cooperación un remedio demasiado suave para las enfermedades que afectan a la sociedad, se enorgullece de señalar cómo el gran Socialista inventó y puso en marcha la limitación de las horas de trabajo en las fábricas, la escolarización de los niños de las fábricas y el sistema de cooperación; cómo todas estas nociones suyas fueron denominadas utópicas y comunistas, y se rió con desprecio de casi todas las personas respetables; y cuán respetables se han convertido estas nociones desde entonces.» (Marshall y Marshall 1879, 219 nota 1). Mucho antes que Marx y sin conocer nada de su trabajo, los economistas clásicos, para dar respuesta a esos nuevos problemas, impulsaron ya todas estas ideas y mejoras, de forma intelectual y activa, pues muchos de ellos fueron miembros parlamentarios, plasmadas en las leyes de Fábricas, desde la de 1802.



Ciertamente, la cooperación ideal para Marshall suponía alcanzar un grado de apertura y confianza tal en los negocios que las personas involucradas actuarían promoviendo el bienestar general, tanto como su propio interés. Se trataba del espíritu de caballerosidad mencionado. Y, aunque el cooperativismo “posee gran afinidad y ha aprendido mucho de los entusiastas del socialismo”, se distinguía de los sistemas socialistas en “la defensa de no alterar la propiedad privada, insistiendo en la superación personal y aborreciendo la ayuda estatal, así como toda interferencia innecesaria en la libertad individual.”<sup>22</sup>

#### 2.4. La conexión Marshall-Marx

Más allá de esa confrontación sobre el cooperativismo hay constancia de que, en torno a la década de 1870, Marshall leyó el primer volumen de *El Capital* de Marx y que no leyó los otros dos volúmenes cuando éstos fueron editados por Engels en 1885 y 1894, respectivamente. No obstante, Marshall era consciente de que para entender en profundidad el socialismo alemán, como se denominaba entonces el socialismo más combativo o revolucionario, era preciso leer los volúmenes II y III de *El Capital*, así como otros trabajos póstumos del “gran escritor socialista alemán”, como llegó a describirlo en su primera conferencia sobre *Progress and Poverty (Henry George Lecture)*, en 1883. Tal apelativo fue luego suprimido en la versión escrita de dicho discurso, según relata G. J. Stigler<sup>23</sup>.

Whitaker señala que Marshall utilizó su lectura de *El Capital* de Marx fundamentalmente como fuente histórica de datos y hechos para ilustrar y anotar su estudio detallado y comentado de los *Principios de Economía Política* (1848) de John Stuart Mill. El propio Marshall reconoce que su deuda con Marx se limitó al uso que había realizado de *El Capital*, entre finales de la década de 1860 y la década de 1870, para obtener aquellos datos de difícil

acceso o logro en otros libros o fuentes, que posteriormente resultarían más accesibles:

«En términos generales, estoy de acuerdo con sus críticas de Marx. Su teoría del valor, en mi opinión, es una sucesión de *petitiones principii*. Pero le debo mucho. Leí su libro en 1870, y sus extractos de los manuales ingleses [*English blue-books*] —aunque muchos de ellos confusos— fueron para mí de gran utilidad. Ahora todo el mundo es consciente de la situación del trabajo en las fábricas a principios de siglo; en 1870 muy pocos le habían prestado atención.»<sup>24</sup>

Groenewegen añade que, al tiempo que Marshall utilizaba estos hechos y datos históricos de los trabajos de Marx y otros socialistas alemanes, “adoptó sus opiniones sobre la interdependencia de las diversas partes que constituyen el organismo social, con sus implicaciones sobre la posibilidad de engrandecer la naturaleza humana mediante la mejora del entorno o ambiente en el que vivía y trabajaba la gente”. Esto le permitió transmitir a su audiencia “que no debía contemplarse a los autores socialistas como ridículos y que, de hecho, podía obtenerse algún provecho y aprender de sus escritos. Sin embargo, Marshall no aceptó su énfasis en el cometido otorgado al Estado en la mejora de las condiciones sociales, y jamás aceptó su creencia en la necesidad de la revolución como forma de asegurar los principales cambios” (Groenewegen 1995, 580).

Coincido con Groenewegen sobre su rechazo de la revolución y su adopción de creencias e implicaciones socialistas para la mejora de las condiciones económicas de la gente. Pero Marshall las adaptó a su propio esquema de valores y a los argumentos o análisis económico que había contribuido a desarrollar, permitiéndole, al tiempo que mostraba cierta empatía con el socialismo reformista, no alejarse un ápice de la perspectiva utilitarista —benthamita o milliana— y casar ambas posturas o enfoques. Esto también le otorgaba ciertos grados de aceptación de intervención estatal para la

<sup>22</sup> Marshall y Marshall 1879, 218. En esta misma página, cita Marshall al “más grande de los socialistas ingleses, Robert Owen”, como el fundador de la cooperación. Marshall encontró un espíritu afín en Robert Owen pues, según él, poseía una “convicción ilimitada en la bondad latente de la naturaleza humana y la posibilidad de formar caracteres nobles... confiaba en las personas y apelaba a su razón y juicio, [mantenía un] descuido de sus propios intereses y [disponía de] un talento empresarial sin igual” (Marshall y Marshall 1879, 218-9).

<sup>23</sup> Stigler 1969, 185 nota 2. Véase también Groenewegen 1995, 578.

<sup>24</sup> Whitaker 1975, Vol. 1, 52. Véase también Groenewegen 1995, 578. Whitaker indica que el destinatario es desconocido y que la carta está fechada el 20 de octubre de 1889. Cursivas en el original. La petición de principio o *petitio principii* es una falacia lógica, acuñada por Aristóteles, consistente en que la proposición que ha de probarse se encuentra explícita o implícitamente en las premisas utilizadas.

mejora de las condiciones sociales y de vida de la gente, como veremos.

Por tanto, la deuda o relación con Marx no es en absoluto teórica, ni siquiera conceptual. Si algo no podía soportar Marshall del socialismo, en general, y menos del revolucionario, con el que no compartía fines ni modos, era su aceptación de un análisis económico inexacto y superado, especialmente en la teoría del valor —y por ende en la teoría de la distribución—, que todavía seguía, y además de forma desacertada según él, los dictados de David Ricardo, obviando la aportación marginalista, aplicada tanto a la utilidad o preferencias como a los costes de producción. En sus *Principios de Economía* (1890), Marshall dedica cierto espacio a refutar el sistema de Marx y, sobre todo, lo que consideraba una interpretación incorrecta o torcida por su parte de la teoría del valor y de los salarios de Ricardo<sup>25</sup>.

Resulta rotunda la opinión expresada por Marshall de que lo que Marx considera el fundamento científico de sus propuestas prácticas parece ser poco más que una serie de argumentos tautológicos o en forma de círculo vicioso encaminados a probar que no existe justificación económica alguna para el tipo de interés, que de forma latente contienen los resultados en sus propias premisas, aunque todo ello envuelto en esas misteriosas frases hegelianas en las que Marx se deleitaba. Pese a todo, Marshall afirma: “La fuerza de las simpatías de Karl Marx con el sufrimiento debe reclamar nuestro respeto, siempre”<sup>26</sup>.

La compleja relación de Marshall con el socialismo proviene de analizar y expresar fundamentalmente sus aspectos positivos y negativos, tal como los había recogido de J. S. Mill. Eso le llevó a identificar el socialismo

revolucionario como inherentemente no británico; después enfatizó la necesidad de que el socialismo se ocupase más de los incentivos y tratase el problema de la motivación del trabajo, la acumulación y la administración y dirección bajo su organización; y finalmente advirtió de los males asociados a su tendencia a concentrarse únicamente en los aspectos redistributivos<sup>27</sup>.

## 2.5. Marshall y la intervención del Estado

La cautela o recato que McWilliams-Tullberg y Groenewegen atribuyen a Marshall en materia de intervención estatal, comparada con las propuestas de reformadores y activistas más radicales de su época, los conduce a no considerarlo un socialista. Pero él reclama:

«En ocasiones se dice que todo el que se esfuerza con denuedo en promover la mejora de las condiciones sociales de la gente es un socialista, al menos si cree que buena parte de ese trabajo se puede realizar mejor por parte del Estado que mediante el esfuerzo individual. En tal sentido casi todos los economistas de la presente generación son socialistas. En esta acepción yo fui un socialista incluso antes de saber algo de economía; y, de hecho, fue mi deseo de conocer qué parte de las reformas sociales eran factibles por el Estado y otras agencias lo que me llevó a leer a Adam Smith y Mill, Marx y Lasalle, hace ahora cuarenta años. Desde entonces, me he ido reafirmando progresivamente como un socialista convencido en tal sentido del término; y he contemplado con admiración la agotadora y desinteresada devoción en pro del bienestar social que demuestran muchos de los hombres competentes que lideran el movimiento colectivista. No dudo de que las sendas, por las que nos conducen, posiblemente puedan estar sembradas de rosas en un trecho. Pero estoy convencido de que, tan pronto como el control colectivista se hubiese extendido hasta el punto de reducir considerablemente el campo dejado para la libre empresa, la presión de los métodos burocráticos perjudicaría no sólo las fuentes de la riqueza material, sino también muchas de

<sup>25</sup> También se muestra especialmente crítico con la noción, estrecha e incompleta, que Marx y sus seguidores emplean del capital, así como con su incompreensión e ignorancia sobre la verdadera naturaleza del tipo de interés. Marshall 1892, 67 nota 1; 310-11 y nota 1; 314 nota 1.

<sup>26</sup> Marshall 1890a, 587-8. En el Tomo II de esta edición Variorum, anota Guillebaud que el nombre de Rodbertus, inexistente en el original, se incorporó en la segunda edición de los Principios (Marshall 1890a, Tomo II, 633). Groenewegen señala que Marshall había estudiado el trabajo de Rodbertus tan sólo de segunda mano, a través de los comentarios críticos realizados por Anton Menger, jurista y hermano de Carl, y Böhm-Bawerk; y añade que, de forma excepcional, Marshall reparó en el tratamiento de Rodbertus sobre la distinción entre los derechos individuales del capital desde una perspectiva histórico-jurídica y una perspectiva social, mencionando después que lo que Marx había denominado “excedente” (luego “plusvalía”), Rodbertus lo describió simplemente como “plusvalor” (Groenewegen 1995, 579).

<sup>27</sup> Véase Groenewegen 1995, 580. Sobre el tema de los incentivos y motivaciones cabe señalar que no es algo que el socialismo haya descuidado o abandonado, tal como recriminaron J. S. Mill y otros autores clásicos o neoclásicos. Simplemente los trastoca o transforma, en la medida que el sistema requiere dosis importantes, a veces crecientes, de pérdida de libertad.

aquellas cualidades superiores de la naturaleza humana, cuyo fortalecimiento debería ser el principal objetivo del esfuerzo social.» (Marshall 1907, 334).

Marcados los límites, Marshall aceptó la intervención del Estado en determinadas materias, especialmente obras y servicios públicos, urbanismo, educación y sanidad, típicas por otra parte del socialismo reformista o la socialdemocracia actual, que si bien no lo convierten en un reformista enérgico, como pudo considerarse en esa época a Henry George, sí permiten ubicarlo en consonancia con la ampliación de las funciones del Estado que tenía lugar en su época, incluso yendo más allá en determinados aspectos<sup>28</sup>. Además, Marshall buscó y proporcionó cierta racionalización teórica de la intervención del Estado sobre bases económicas, como su famosa argumentación para justificar la carga con gravámenes a las industrias más antiguas, que operaban con rendimientos decrecientes, y el subsidio a las industrias nacientes, con posibles dificultades para su implantación, cuyos rendimientos crecientes estaban por explotar y debían aprovecharse.

De hecho, el texto antes citado pertenece a la sección 8 de su artículo “Posibilidades sociales de la caballerosidad económica” (1907), que Marshall introduce con el descriptivo e ilustrativo título “En general, los economistas desean aumentar la intensidad de la actividad del Estado en las mejoras sociales que no entran por completo dentro del rango del esfuerzo privado; pero se oponen a esa amplia extensión de las actividades del Estado que desean los colectivistas”. Ahí afirma:

«En ocasiones se considera que basta replicar a quienes contemplan esta idea de los peligros del colectivismo diciéndoles que todavía se revuelcan en el fango del *laissez faire*. La frase es ambigua, y abunda la retórica engañosa respecto a la misma. Su significado original era que los gremios y agrupaciones de oficios no debían prohibir a las personas entrar en una profesión para la que fuesen competentes; cualquiera debería ser libre para elegir su propia ocupación.

<sup>28</sup> Henry George, quien hablaba de “propiedad común” de la tierra, propuso la absorción completa o confiscación estatal del ingreso sobre su valor neto, mediante impuestos. Alcanzó fama en la década de 1880 entre los fabianos y otros escritores socialistas, incluidos algunos radicales, aunque McWilliams-Tullberg (1982) y Groenewegen (1995) no lo consideran un radical, como sí hizo Marshall.

Y fue mucho después cuando la frase se retorció para significar: dejemos que el Gobierno mantenga su política, pero en otros asuntos pliegue sus manos y se vaya a dormir...

Un nuevo énfasis se otorga al lema, *laissez faire*: Dejad que cada uno trabaje con toda su fuerza; y sobre todo dejad que el Gobierno se espabile para hacer ese trabajo que es vital y que nadie, sino él, puede realizar de manera eficiente... Por eso yo exclamo, “*Laissez faire*: Dejad que el Estado se levante y haga”.» (Marshall 1907, 334 y 336).

Marshall es claro y loa las mejoras producidas, tanto técnicas como de capacidad o coordinación, para la intervención correcta y bondadosa del Estado, de manera que no se repitan los errores, deshonestidad o corruptelas del pasado, pues “ahora el Gobierno tiene muchos nuevos recursos considerables y más sutiles para descubrir cuándo su intervención puede causar más perjuicios que beneficios.” (Marshall 1907, 335)<sup>29</sup>.

Ahora bien, en su obra Marshall remite el desempeño del Estado a un ámbito acorde con un reformismo dentro del sistema de libre empresa al que, considera, debe reconducirse hacia la mejora social de los más desfavorecidos, pero que permita mantener la creación de riqueza, también en el sentido de impulsar la mejora de la esencia y carácter humanos, es decir, la “caballerosidad económica”. De manera que, aunque Marshall está con el grupo de economistas de su tiempo que sostenían, y en tal sentido pueden considerarse socialistas, que gran parte del trabajo en favor de la promoción de la mejora social de la gente lo realizaría mejor el Estado que el esfuerzo individual, sin embargo, el papel que Marshall asignó al Estado se centraba principalmente en un rol redistributivo mediante el Presupuesto, que posteriormente reforzó argumentando que el sistema económico podía soportar holgadamente aumentos significativos del ritmo de

<sup>29</sup> “En época de Adam Smith el Gobierno era corrupto, y (...) la experiencia le había enseñado a contemplar con recelo a quienes requerían del Gobierno nuevas iniciativas en favor del bien público, pues el motivo real que generalmente los guiaba era el de aumentar sus propias ganancias” (Marshall 1907, 334). Marshall considera que en su época eso está superado gracias a un funcionario más profesionalizado y desinteresado, similar al concebido por J. M. Keynes, egresado de Cambridge en 1906 y discípulo de Marshall.

progresión impositiva sobre los ingresos y el capital. Pero concedió poco terreno al Estado en lo que a producción se refiere, salvo casos concretos en que intervenían consideraciones más de tipo moral o situaciones de monopolio natural asociadas a economías de escala. (Véase Groenewegen 1995, 608-9).

Tales excepciones incluían el suministro de servicios públicos (alumbrado, gas, agua, correo, telégrafos, alcantarillado y limpieza), que Marshall consideraba monopolios naturales. No obstante, en los casos del agua, electricidad y gas proponía fomentar la participación o propiedad pública, casi siempre municipal, sólo cuando las empresas privadas fuesen incapaces de desempeñar dichas tareas de forma eficiente (principio de subsidiariedad). Y también consideró como tarea de las administraciones públicas la provisión de aire limpio y fresco, espacios verdes (parques) y zonas de ocio y recreo. En realidad, se trataba de que las autoridades ejerciesen directamente la política urbanística, que ya se practicaba mediante determinadas leyes sanitarias, sobre todo relativas a la aglomeración en viviendas, pero cuya aplicación, se quejaba Marshall, resultaba poco rigurosa en los peores distritos. Tal política incluía también el desarrollo de lo que en planificación urbana se conoció como “ciudades jardín”, es decir, comunidades con áreas proporcionadas de residencia, rodeadas de cinturones o zonas verdes, de esparcimiento, zonas agrícolas, industriales y comerciales, etc<sup>30</sup>.

Por descontado, su parcela favorita de intervención fue la provisión estatal de educación general y formación técnica, universal y de calidad, con un primer grado gratuito para los niños más pobres, que consideró clave en la creación del

carácter y el espíritu de “caballerosidad” económica, al tiempo que, interpretaba, serviría como alternativa de cambios más radicales o revolucionarios propuestos por muchos socialistas, en tanto que habilitaba la mejora de las clases trabajadoras.

En todo caso, el Gobierno debía favorecer activamente la competencia, la mayor apertura comercial y de negocios, así como su comprensión y transparencia para evitar la mala opinión general existente de la actividad empresarial. Eso incluía impulsar la legislación relativa al fraude y adulteración de productos en las fábricas; la publicación por parte del Gobierno de las declaraciones impositivas y sus rendimientos; castigos más estrictos de las bancarrotas; incrementar el rechazo moral del juego, incluida la especulación; la publicación por parte del Gobierno de una lista que proporcionase los cambios en la paridad del poder adquisitivo (patrón tabular estándar de valor); aumentar la reserva última nacional de efectivo para amortiguar las crisis y pánicos financieros; promover predicciones comerciales y económicas elaboradas y publicadas por un organismo compuesto por profesionales competentes y desinteresados; reformar la legislación de la tierra y más trabajo en ciencia económica<sup>31</sup>.

Finalmente, en materia impositiva Marshall también fue “milliano”, si bien su postura en contra de la progresividad impositiva, de la que J. S. Mill tampoco era partidario, fue alterándose a medida que avanzó el tiempo e incluso giró en algunos impuestos, como Herencias o Sucesiones, al ver, una vez puestos en práctica, que sus reservas sobre cómo afectaban a la inversión, el ahorro y el espíritu de empresa no eran para tanto. Incluso considerando los costes de eficiencia que tal política impositiva pudiera establecer, Marshall aprobó los beneficios en materia de justicia distributiva que, tanto esas figuras como la progresividad impositiva, habían hecho posible. Su cambio se aplica igualmente a la imposición sobre la renta y su progresividad, que, de ineficiente, por desincentivar el trabajo, la frugalidad, el ahorro y el espíritu de empresa, pasó

<sup>30</sup> Véanse Groenewegen 1995, 595; McWilliams-Tullberg 1982, 386 y 403-4 nota 45; Marshall (1925), 142-151: “Where to House the London Poor” (1884). Este intervencionismo o socialismo municipal, como se le conocía, venía desarrollándose desde la década de 1880 en ciudades como Birmingham y suponía la extensión de la propiedad municipal a ámbitos como parques y jardines, museos, galerías de arte, bibliotecas, casas de baños, lavaderos, escuelas técnicas, mercados de ganado, mataderos, tranvías y ferrocarriles urbanos, salas de conciertos o auditorios, embarcaderos, dispensarios de puertos, hospitales y viviendas de protección municipal para trabajadores, gastos todos que precisaban financiación mediante emisiones de deuda (empréstitos municipales) o el incremento de impuestos sobre la propiedad local. Después de todo, según Marshall, la competencia municipal introduciría una sana descentralización administrativa, pues el gobierno local no podía ser un mero delegado del gobierno central. Además, la incidencia sobre políticas sociales en el ámbito municipal era una forma de limitar proyectos más ambiciosos y revolucionarios de intervención o burocracia centralista. (Groenewegen 1995, 581 y 594).

<sup>31</sup> La lista aparece en McWilliams-Tullberg 1982, 387, pero está mejor recopilada y referida en Groenewegen 1995, 584 y 588. ¡Cuánta historia del pensamiento económico contiene y cómo destila Keynes y Cambridge! Incluido el error de equiparar especulación y juego. Sobre el patrón tabular de valor o de cambios véase Méndez Ibsate (1996).

a considerarla positiva tras la Primera Guerra Mundial, salvo en caso de excesos<sup>32</sup>.

Se trata, en definitiva, del reforzamiento de los fundamentos, establecidos con firmeza en la segunda mitad del XIX, de lo que hoy constituyen los principios, bases y justificación del socialismo reformista o socialdemocracia, sin la requerida colectivización de los medios de producción o desaparición práctica de la propiedad privada.

### 3. Marshall oponente del socialismo

A pesar de sus guiños y simpatías por el reformismo social, Marshall no tuvo una elevada consideración del socialismo:

«Leí a los socialistas: y encontré mucho con lo que cualquiera que tenga algo de corazón debe simpatizar y, sin embargo, no encontré un sólo socialista que realmente hubiese comprendido la ciencia económica. No hay un principio de mejora progresiva en el socialismo.» (Keynes 1924, 16).

Rechazó el socialismo y a sus autores porque o bien no habían comprendido correctamente el alcance, o bien habían subestimado la complejidad y dificultad, de los problemas referentes a los fenómenos económicos y el sistema de mercado, asumiendo con demasiada alegría y rapidez que la abolición de la propiedad privada purgaría las carencias y deficiencias de la naturaleza humana. Y, aunque elogió las rapsodias socialistas como indicios de una espléndida clarividencia, rechazó las teorías socialistas por ser poco realistas e ineficaces en la práctica<sup>33</sup>.

Incluso a pesar de la aparición o existencia de economías de escala —rendimientos crecientes— y la concentración que tal hecho podía conducir, así como ciertas ventajas derivadas en algunos casos de la centralización —Marshall era especialmente favorable a la estatalización en forma de monopolio del servicio de Correos—, en carta al *Times* se queja Marshall de los daños que sobre la iniciativa empresarial o de los negocios, y sobre la libre empresa, causaría una estatalización del sistema productivo, cuyas reglas burocráticas la ahogarían y destruirían:

«Los principales peligros del socialismo... residen no en su tendencia hacia una redistribución más igualitaria del ingreso, algo en lo que no veo daño alguno, sino en su influencia esterilizadora sobre aquellas actividades mentales que gradualmente han alzado al mundo de la barbarie.» (Groenewegen 1995, 596)<sup>34</sup>

No olvidemos que buena parte del colectivismo o socialismo reformista británico de la época, al estilo de G. H. D. Cole o H. George, que Marshall conocía, propugnaba la toma de parte de la industria y la inversión por el Estado y defendía fórmulas de mercado no competitivo, como la constitución de trust y cárteles industriales de índole pública, en los que imperasen acuerdos o barreras de entrada a nuevos competidores, al tiempo que reforzaba los viejos Gremios<sup>35</sup>.

Pero, en congruencia con buena parte del pensamiento de su época, como norma general

y probar su existencia mediante la tentativa y el logro de tareas difíciles bajo su propia responsabilidad; quienes más han hecho por el mundo rara vez habrían sido elegidos por sus vecinos para realizar el trabajo.» (Marshall 1890b, 284).

<sup>32</sup> En opinión de Pigou, reproducida en Groenewegen, “Marshall habría acogido con agrado el impulso fiscal de posguerra, que tras la Segunda Guerra Mundial aplicó Gran Bretaña, para lograr una mayor igualdad en la distribución del ingreso.” (Groenewegen 1995, 745). Temía por los desincentivos producidos por un excesivo impuesto sobre la renta, pero la expresión es muy imprecisa. Véase, por ejemplo, Marshall [1925] 1966, 463-5.

<sup>33</sup> Groenewegen 1995, 572. Referencias en Marshall 1890a, 8-9, 763-4, 766 y 769. En tal sentido expresa: «El mundo debe mucho a los socialistas, como hace con cada grupo de entusiastas entre quienes hay hombres nobles, y muchos corazones generosos se han hecho más desprendidos mediante la lectura de sus poéticas aspiraciones; pero, antes de que sus escritos puedan considerarse como contribuciones serias a la ciencia económica, deben poner más cuidado y realizar un análisis exacto de las bondades y males de la competencia. Deben sugerir algún sustituto razonablemente eficiente de esa libertad que nuestro actual sistema ofrece al genio constructivo para construir su camino hacia la luz,

<sup>34</sup> Ya en su época, el aprovechamiento de grandes economías de escala por parte de las empresas privadas las hacía cada vez más parecidas a las grandes empresas públicas. De hecho, en sus Principios de Economía (Marshall 1890a, Libro IV, caps. IX y XI-XII), Marshall observa como límites al aprovechamiento de rendimientos crecientes por parte de las empresas de una industria tanto la progresiva burocratización, que dificulta y distorsiona la transmisión de las órdenes, como la dificultad de legar o transferir, y también heredar, los incentivos, pasiones y características precisas del hombre de negocios y propios de la caballerosidad económica.

<sup>35</sup> Véase Marshall 1919, 660. Marshall reproduce la siguiente frase de Cole: “La Utopía Colectivista sería un mundo de trusts públicos: la Utopía del Gremio sería un mundo de cárteles de productores funcionando en interés de toda la comunidad... Es la organización de las diferencias humanas sobre la base de la identidad humana.” Y señala en nota a pie de página: “Marx podría haber envidiado esta frase” (Marshall 1919, p. 660 y n. 3).

y con las excepciones ya referidas, Marshall rechaza que el Estado ostente la propiedad empresarial tanto porque la empresa pública no suministra los incentivos al emprendimiento y la iniciativa empresarial que la propiedad privada del capital sí proporciona, como por la profusa burocracia establecida para gestionar y administrar la empresa pública, que es contraria a la asunción de riesgos, característica esencial del progreso económico<sup>36</sup>. Además, tales sistemas burocráticos eran propensos a la corrupción; argumento que Marshall derivaba de Adam Smith, aunque había podido comprobarlo *in situ* en su viaje a Estados Unidos, incluso admitiendo la posible reducción de tal tendencia debida a los mecanismos modernos de publicidad<sup>37</sup>.

Como relata Groenewegen (1995), aunque el asunto era complejo, los conflictos potenciales entre competencia y concentración o integración habían suscitado medidas legislativas contra los intentos de monopolización, de las que la Ley Sherman (1890) en Estados Unidos era precursora. A eso le siguió una tendencia crecientemente dominante entre los economistas anglosajones a solicitar el control del Estado sobre las industrias no competitivas, incluidos los denominados monopolios naturales que Marshall prefería llamar “industrias indivisibles”, antes que optar por la vía alemana de la administración estatal y el socialismo de estado. Entonces Marshall diferenció entre la competencia comercial o de marketing y la competencia en la producción, y contrastó el caso de las economías de escala para grandes concentraciones con las ventajas de la energía inventiva proveniente de multitud de empresas independientes. Los empresarios, concluía, persiguen el afán de lucro más como una señal de éxito que por la mera ganancia de dinero en sí misma; el progreso económico requería libre responsabilidad individual con ciertos controles sobre las desigualdades resultantes en la riqueza, mediante la acción del Estado; los so-

cialistas habían subestimado la importancia y las dificultades de la gestión empresarial, y sus proyectos alternativos precisaban de cálculos razonados sobre la forma de organización productiva que proponían sustituir. Además, Marshall señaló la fuerza creciente de la opinión pública como elemento de control adicional sobre los negocios, que complementaría al proporcionado por la competencia, bien alentando la acción estatal o moderando el liderazgo empresarial. Y puntualizó que la opinión pública debía ejercer su control con responsabilidad, para lo que era imprescindible la educación y formación; pero no precisó cómo se llevaría a cabo. (Groenewegen 1995, 459)<sup>38</sup>.

Incluso en los casos favorables a la intervención y provisión estatal de determinados servicios o bienes públicos, Marshall pone reparos debido a la intromisión de las autoridades municipales en las vidas y hogares de las personas<sup>39</sup>. Sus objeciones al control gubernamental de la economía quedan expresadas en este texto:

«Un gran daño es que amortigua las aptitudes de independencia e inventiva y convierte el progreso en más lento. Pero el mayor daño de todos es que tiende a socavar la política y, a través de la política, la moralidad social... Por tanto, propongo que evitemos pedirle al Gobierno que interfiera en los negocios, sea para crear empleo continuo o para cualquier otro propósito [mejoras salariales], a menos que su acción proporcione un balance muy grande de prove-

<sup>36</sup> Más que contraria a la asunción de riesgos, el problema es que en la gestión política los riesgos se separan de la eficiencia económica y sólo se asocian a esta cuando hay ganancias o réditos en términos de poder político, primando estos. Además, los costes o pagos asociados a tales riesgos son públicos, quedando repartidos entre la sociedad, por lo que el incentivo o cuidado en favor de su minimización se reduce considerablemente, creándose incluso incentivos a la corrupción.

<sup>37</sup> Véase Groenewegen 1995, 593. Véase también su discurso presidencial ante la sección de Ciencia Económica y Estadística de la British Association, agosto de 1890, recogido en Marshall 1890b, 256-91.

<sup>38</sup> Sobre el papel de la opinión pública véase Marshall 1890b, 285-9. La postura de Marshall es congruente con el socialismo democrático. Utiliza y aplica el modelo neoclásico o marginalista (micro) para resolver los “problemas derivados”, tanto prácticos (distribución) como teóricos (economías de escala o economías externas), del sistema económico del mercado. Es el uso del utilitarismo social, instrumentado y manejado por determinados elegidos (privilegiados), identificados como dirigentes, aplicado a la economía. Es Keynes en estado puro y germinal.

<sup>39</sup> En misiva a Helen Bosanquet, antigua alumna de Marshall, fechada en 1902, Marshall sostiene: «Admito que el socialismo municipal tiene muchos peligros, económicos y morales. Pienso que las autoridades municipales no deberían especular o emplear “directamente” tanta mano de obra como de hecho ya hacen.

Pienso también que la autoridad pública no se puede entrometer en el interior del hogar de una persona y menos sin riesgo de lesionar la autosuficiencia y una sana independencia. La vivienda municipal me parece muy poco correcta y en general muy equivocada. Los baños municipales gratuitos me parecen casi siempre correctos.

Pero lo que hay fuera del hogar de una persona no es asunto suyo: es asunto del Estado o de la municipalidad.» (Marshall [1925] 1966, 445).

cho directo.» (Tomado de McWilliams-Tullberg 1982, 387).

De forma reveladora, y siguiendo cierta tradición del pensamiento económico clásico sobre el papel del Estado, Marshall deja abierta la puerta —para algunos, rendija— para acreditar la intervención gubernamental, a pesar de su supuesta férrea oposición. Y utiliza el argumento fundamental utilitarista, asistido en y por el propio modelo neoclásico, para tal justificación. Después de todo, estaba muy extendida la idea de Mill de lo inconveniente que resultaba para el sistema económico y social la desigualdad de oportunidades, relacionada (erróneamente) con la desigualdad de medios. De modo que se animaba al Estado a invertir capital en las personas de la misma forma que con anterioridad lo había hecho en telégrafos o alcantarillado<sup>40</sup>.

Pero donde Marshall se muestra más contrario al socialismo es en su serie de tres conferencias recogidas bajo el título *Progress and Poverty* e impartidas en Bristol en febrero de 1883<sup>41</sup>. Las lecciones o conferencias, que hacen referencia explícita al libro de Henry George (1879), afrontan asuntos directamente relacionados con el bienestar y progreso de la sociedad, especialmente de las clases trabajadoras, a través de problemas vinculados con las rentas o retribución de los factores, de las que destaca la tierra, donde analiza temas relativos a su propiedad y reformas asociadas, y los salarios, donde estudia la causa y solución de los bajos salarios. En todos los casos, y aunque admite reformas sobre las rentas y propiedad de la tierra, muy en consonancia con el pensamiento de J. S. Mill (Stigler 1969, 181) y de su época, Marshall aplica la teoría económica que había desarrollado: productividad marginal de los factores y su relación con las rentas o ganancias obtenidas, es decir, la eficiencia de los factores en la contribución del producto, además de ofertas y demandas.

De manera que toda cuestión sobre justicia o injusticia de la distribución queda relegada, pues precisa de un criterio específico de justicia —muy aristotélico—, y además no entendía cómo —ni qué— principios abstractos podían decidir sobre el rendimiento “justo” del capital<sup>42</sup>.

En estas charlas, Marshall se muestra contrario al pensamiento y proposiciones de Henry George quien, con motivo del éxito de su *Progress and Poverty* (1879), había sido invitado y patrocinado por los Fabianos y ciertas sociedades socialistas más radicales, con cuyas doctrinas e ideas se le relacionó, a impartir una serie de conferencias por Reino Unido, con gran asistencia y difusión. Bien por celos, bien por temor a la repercusión y posibles interpretaciones radicales del discurso de George, Marshall, quien confiesa a Foxwell que intenta “evitar hablar demasiado de George pero [pretende] discutir su plan”, arremete contra Henry George y lo acusa de infundir veneno en las mentes de los pobres incitándolos a ocupar la tierra en lugar de alentar el trabajo duro y el ahorro<sup>43</sup>.

Aunque Marshall podía haber compartido parte del análisis de George sobre la imposición a la tierra, sin embargo sus propuestas para superar la pobreza y mejorar los salarios fueron aumentar la competencia del capital; reducir la proporción relativa de mano de obra, sobre todo no cualificada o no especializada; mejorar la eficiencia del trabajador mediante la formación y el adiestramiento, la educación y la maquinaria; aplazar el matrimonio e incluso restringir la población mediante la emigración; la educación estatal o su provisión a precio bajo (por debajo de su coste de producción) y “un elevado sentido del deber hacia los demás”<sup>44</sup>.

<sup>40</sup> Esta idea puede encontrarse en W. S. Jevons. Véase Groenewegen 1995, 573 y 612, n.11. Después de todo, autores contemporáneos como Jevons señalaban que el libre juego de las “fuerzas económicas” ya no proporcionaba el máximo bienestar para el mayor número, por lo que el crecimiento y expansión de la sociedad industrial moderna exigía la “supervisión legislativa”. L. Walras, por ejemplo, casi acorde con Henry George, iba más allá y proponía la nacionalización de la tierra.

<sup>41</sup> Recopiladas y publicadas, con una breve introducción, por Stigler (1969).

<sup>42</sup> Marshall consideraba que los capitalistas tampoco obtenían tanto de la sociedad como normalmente se suponía. Sir Thomas Brassey, por ejemplo, había logrado un beneficio de dos millones y medio de libras esterlinas sobre un total de contratos por 78 millones de libras; esto es menos de medio penique por cada chelín, lo que cualquier comerciante pequeño, dice Marshall, consideraría un margen moderado. En cálculos burdos, aproximadamente un 3,2% de rendimiento en aquella época. Stigler 1969, 198.

<sup>43</sup> McWilliams-Tullberg 1982, 382 y 385. Tuvo, además, una charla pública con H. George en 1884, en Oxford (McWilliams-Tullberg 1982, 385 y 403 nota 41).

<sup>44</sup> Véanse McWilliams-Tullberg 1982, 385 y Groenewegen 1995, 583. También defiende la elevación de miras, cultura y aspiraciones de mejora en el nivel de vida en los trabajadores. Muy “milliano”.

#### 4. La compleja actitud de Marshall con el socialismo: el vínculo a través del utilitarismo.

Dada la peculiar postura de Marshall con el socialismo, calificada de extravagante (Groenewegen 1995, 570), varios autores interpretan su dualidad o inconstancia como un cambio gradual de actitud ante el socialismo y sus propuestas, si bien advierten que no es un cambio esencial pues no puede considerarse a Marshall un socialista de pro. Desde luego nunca fue extremo o revolucionario, un “colectivista” como él distingue<sup>45</sup>. Pero tampoco, alegan, un socialista de pleno derecho. Si acaso un socialista con “s” minúscula, como también califican a Henry George o los primeros socialistas, denominados utópicos<sup>46</sup>.

Justifican además tales cambios por un conjunto de factores, cuya significación varía según cada uno, tales como un proceso de madurez, junto a su creciente posición en el mundo académico, social y político —comisiones parlamentarias—, que mitigó su inicial ímpetu de juventud; una evolución de su entorno político y social, asociada también a su posición académica y profesional, que incluso animó cambios en sus ideales sociales y políticos;<sup>47</sup> las expe-

riencias de sus viajes, sobre todo las comunas en Estados Unidos; su miedo obsesivo al cambio, particularmente brusco; ciertos problemas relacionados con la profesionalización de la economía, instaurada por Marshall y por la que peleó desde 1885;<sup>48</sup> cierta inexperiencia sobre los problemas reales de la pobreza, que Marshall no vivió (McWilliams-Tullberg 1982, 391); y, desde luego, un acrecentamiento progresivo de sus problemas teóricos con el socialismo de clases (Groenewegen 1995, 570).

Mi hipótesis es que su postura no cambió fundamentalmente, aunque admito que hubo matices o énfasis que Marshall fue calibrando o accionando según convenía, además de cierto ímpetu o convicciones de juventud. Y es que Marshall siempre mantuvo una posición que podemos encuadrar como socialismo distributivo, reformista o democrático (incluso “liberal”), asentado sobre los fundamentos de J. S. Mill e inicialmente animado por la influencia de Henry Sidgwick, que encaja perfectamente con la lectura o ropaje utilitarista con que se engalanó y planteó el modelo marginalista o neoclásico, que prefiero denominar “enfoco microeconómico” de la economía.

Lectura utilitarista, por otro lado, lógica y casi obligada simplemente si consideramos el propio término de “utilidad” o los principios característicos (utilidad marginal decreciente, sustitución en el margen u optimización) de la economía neoclásica, reforzada y difundida por Marshall, cuyo análisis microeconómico relacionaron con el utilitarismo de Bentham (1748-1832), además de Marshall, Gossen, Dupuit, Jevons o Edgeworth<sup>49</sup>.

Dicho enfoque, junto con el proceso de matematización (modelización y cuantificación), permite una instrumentalización del modelo

<sup>45</sup> Marshall 1907, 333 y ss. Éstos, dice Marshall, proponen la transferencia de la propiedad de los medios de producción a manos del Estado.

<sup>46</sup> Véase Groenewegen 1995, 584-5, 592 y, sobre su socialismo a la Mill, 596. McWilliams-Tullberg afirma: “Marshall jamás fue un socialista a pesar de sus pretensiones” (McWilliams-Tullberg 1982, 396). La idea del socialismo con minúsculas fue insinuada por William V. Harcourt (1827-1904), que estableció el aforismo: “Hoy día todos somos socialistas”, refiriéndose al socialismo en sentido redistributivo.

<sup>47</sup> Por ejemplo, ciertas posiciones de tendencia radical, inspiradas por H. George o Ch. Bradlaugh, habían arraigado en la Universidad de Nottingham, por aquel entonces único college financiado por el ayuntamiento de la ciudad, donde las enseñanzas del Reverendo J. E. Symes, que procuraba guardar cierta mesura, parece que ofendieron a los miembros del consistorio, que formaban parte de la Junta Directiva del centro. Aunque éstos respetaron el cargo de Symes, acabaron con la carrera académica de varios de sus partidarios o subordinados, y parece que la Universidad perdió buena parte de sus donaciones y asistencia financiera. Tal episodio pudo reproducirse en otros colegios universitarios, sobre todo aquellos que recibían apoyos de fondos públicos. De modo que Marshall, como Rector y encargado de la búsqueda de fondos para la Universidad de Bristol, con características similares sobre la parte de sus fondos públicos (la mayoría procedían de fondos de agrupaciones profesionales de industriales, comerciantes o banqueros de la ciudad, que también tendrían representación en el concejo), quiso dejar bien claro que no pretendía indulgencia alguna con veleidades o quimeras socialistas. Simplemente, no podía permitirselo. (McWilliams-Tullberg 1982, 396).

<sup>48</sup> Tal profesionalización puede considerarse un éxito personal (Véase Keynes 1924, 57). Aunque parece que Marshall no se encontró en una situación cómoda, pues intentó recabar apoyos entre colegas, empresarios y políticos, pero apenas convenció a nadie en favor del establecimiento del Tripos en Economía. Los empresarios enviaron muchas notas de apoyo, pero pocos fondos. Y académicamente parece que favoreció más su causa el que tanto las Ciencias Morales (Sociales) como la Historia deseaban librarse de la responsabilidad de la enseñanza de Economía. (McWilliams-Tullberg 1982, 399).

<sup>49</sup> Incluso Menger, sin llegar a tales extremos, considera la utilidad o satisfacción que reportan bienes y factores como reconocible y medible. Sidgwick mantuvo una visión más tradicional del utilitarismo, sobre todo en lo relativo a las reglas prácticas de la política. Y para entender la posición de Marshall, no debe olvidarse que Marx no tuvo en gran concepto a Bentham, al que calificó como “un genio de la estupidez burguesa”. Frase que tenía subrayada Marshall en su ejemplar del Vol. 1 de *El Capital* (Véase Groenewegen 1995, 664 y nota).



microeconómico y su consideración como un conjunto de herramientas o recetas para la acción directa: el intervencionismo, al que añade cierto halo de legitimación, para la consecución de principios, objetivos o valores determinados. Sin embargo, sabemos que tal enfoque utilitarista no es intrínseco del modelo neoclásico ni necesario al mismo: la utilidad no es mensurable; es un término individual y subjetivo, que nunca podrá establecerse ni calcularse de forma social o agregada; además, cambia continuamente —(nuestras preferencias varían con cada cambio en nuestra situación, redistribución o información, con cada decisión o intercambio, y a cada instante— y lo hace de forma diferente, es diferente, para cada persona; la utilidad no es susceptible de comparaciones interpersonales; y el término “utilidad” ni siquiera es, ni tiene que ser, sinónimo de, o mero, hedonismo, pues muchos economistas han sido conscientes de los esfuerzos, sacrificios o costes que supone su logro, sin que sus réditos o placer sean disfrutados por quienes los soportan o sin que, a veces, los compense<sup>50</sup>.

Incluso aceptando el importante matiz de Keynes,<sup>51</sup> Marshall fue un auténtico propagador, maestro en Cambridge, del uso del modelo neoclásico con fines de ingeniería social o, dada su concepción biológica de la economía y el organismo social, con fines de cura, médica o quirúrgica según el caso. Pero siempre primó el fundamento analítico o teórico de su intervencionismo sobre su lado más moralista; aunque elementos de edad y del ámbito profesional, social y político que lo rodearon modificaron y radicalizaron sus opiniones<sup>52</sup>. En este sentido, conceptos o herramientas como el excedente del consumidor y del productor, las economías de escala —rendimientos crecientes—, las externalidades o las demandas u

ofertas derivadas y conjuntas para la determinación de precios de los factores, entre otros, eran elementos para el análisis económico aplicado y para la acción en situaciones en que podía o “debía” hacerse algo. Pues, ya entonces, era corriente la idea de que el libre juego de las fuerzas del mercado y la acción individual no proporcionaban el máximo bienestar para el mayor número, precisándose la supervisión o intervención del Estado<sup>53</sup>.

De modo que Marshall no podía aceptar otro tipo de socialismo que no estuviese sostenido o enmarcado por esas premisas, principios o nociones microeconómicas relacionadas con el utilitarismo; un utilitarismo científico o académico:

«Los comunistas asumieron que nadie debería desear ganar a expensas de una pérdida equivalente de felicidad para los demás; pero el mundo no está preparado todavía para poner en práctica principios de moral tal elevada como esta. El mundo, sin embargo, sí está listo, y los trabajadores, entre otros, están dispuestos, a esforzarse por cumplir el principio de que nadie debería desear una ganancia que involucrase una inmensa pérdida de felicidad para otros.» (Marshall & Marshall 1879, 211).

Añádase como relevante y revelador que, en 1879 y mucho antes de adentrarse en la misma cuestión en 1890 para aplicarla a su análisis y uso de la demanda y del excedente del consumidor, Marshall advierta que las evaluaciones monetarias para el cálculo de tales ganancias o pérdidas deben contemplar la utilidad marginal decreciente del dinero: los ricos derivan menores pérdidas relativas de felicidad que los pobres ante disminuciones de sus ingresos en una cantidad específica. (Marshall & Marshall 1879, 211-2)<sup>54</sup>.

<sup>50</sup> Por ejemplo, la Defensa, también la defensa de la libertad, o la actividad empresarial (inversión y ahorro incluidos).

<sup>51</sup> “Creo que sería justo decir que Marshall jamás se separó explícitamente de las ideas utilitaristas que dominaron en la generación de economistas que le precedieron. Pero... la solución de los problemas económicos no fue para Marshall una aplicación del cálculo hedonístico, sino una condición previa del ejercicio de las más elevadas facultades del hombre, casi con independencia de lo que entendamos por “más elevadas”.” (Keynes 1924, 9).

<sup>52</sup> Me refiero, por ejemplo, a su postura sobre los impuestos, pero también a su transformación sobre la condición y el papel de la mujer, en general y especialmente en el ámbito académico. Méndez Ibisate (2007). Véase McWilliams-Tullberg 1982, 391 y 405 nota 66: “Fue uno de los dos únicos profesores de la Universidad de Cambridge que dejó constancia de su opinión de que el intelecto de las mujeres era inferior al de los hombres.”

<sup>53</sup> Esta idea es un salto sobre la intervención o papel del Estado propuesta por Adam Smith, como marco institucional en el que se desenvuelve otra institución, el mercado. Implica considerar que el mercado no funciona correctamente (fallos o errores). Breit & Ransom (1971) sostienen que los Principios de Economía de Marshall sientan, al mismo tiempo, el modelo neoclásico y las bases de su propia destrucción: “aunque sus Principios eran el apogeo del neoclasicismo, el libro contenía una sugerencia explícita de una intervención gubernamental que iba más allá de lo permitido por sus pares neoclásicos. Pues experimentó con la posibilidad de mejorar el bienestar mediante un sistema de impuestos y subsidios a las industrias bajo condiciones determinadas.” (Breit & Ransom 1971, 22-3).

<sup>54</sup> En este capítulo (1879, Libro III, capítulo 7) los Marshall discuten sobre el impacto de los sindicatos en los salarios

## 5. Conclusiones

A finales de la época victoriana, el término “socialismo” era utilizado de forma amplia e imprecisa, y en ocasiones abusiva, para cualquier desvío del statu quo en términos sociales. Hoy seguimos debatiendo lo que son o no posturas socialistas, contemplando comúnmente como línea divisoria la defensa de un plan de aniquilación o “superación” (el uso de los términos es importante en el lenguaje revolucionario o “de cambio” porque favorece o no su éxito) del sistema de mercado o capitalista y la adopción de la propiedad estatal (“colectiva”) del producto y los medios de producción.

El propio Marshall (1907) realizó una distinción entre “socialistas”, quienes se esforzaban de manera enérgica por promover la mejora social de las gentes, su progreso; y “colectivistas”, que proponían la transferencia de la propiedad de los medios de producción a manos del Estado. En tal sentido, las propuestas de John Stuart Mill eran claramente socialistas (socialdemócratas, si puede salvarse el anacronismo) y Marshall sería continuador, un eslabón más, aunque con gran influencia en el pensamiento británico de la época, sobre todo en Cambridge, de las ideas y propuestas que inspirarán el intervencionismo e intrusismo crecientes del Estado en el siglo XX, a partir de la *Teoría general* (1936) de J. M. Keynes<sup>55</sup>.

Desde luego, Marshall no fue un socialista radical, revolucionario o alemán, como entonces

se decía. Ni siquiera aceptó, a pesar de sus tendencias o debilidades en tal sentido, la vertiente romántica, moralista o benefactora del socialismo, aunque entendía y apreciaba las intenciones de mejora más poéticas del mismo. Al igual que hizo con su carrera y formación, prefirió desechar este aspecto del análisis y buscar una lógica, unos razonamientos e ideas fundamentados en la ciencia, en la teoría económica. Y allí encontró buena parte del terreno preparado por John Stuart Mill, mediante la aplicación de una visión utilitarista al modelo económico explicativo. De modo que, como Mill, sí fue socialista en un sentido liviano o sutil, un socialdemócrata adelantado, que consideró la intromisión e intervención del Estado como el método natural de corregir los errores o fallos *inherentes* —esta característica es clave— al mercado.

En esa interpretación utilitarista e intervencionista del sistema económico, fundamentado en un enfoque microeconómico, que además utiliza su carácter matemático como justificación de la misma, es donde ubico a Marshall y, a partir de él, a un conjunto amplio, extendido y generalizado de economistas de toda índole, escuela u orientación que pueden considerarse como socialistas o intervencionistas —después de todo, “todos somos socialistas”— en el sentido de considerar que el sistema de mercado no funciona o no lo hace “correctamente”, es decir posee “fallos” o “imperfecciones”, y que la forma o fórmula para corregirlos es la acción directa del Estado en los asuntos cotidianos y propios de la vida de las personas<sup>56</sup>.

En carta a Lord Reay, en 1909, Marshall expresa, con las correspondientes críticas, su posición:

«No sé lo que significa “socialismo”. El *Times* acaba de decir que significa quitar la *propiedad* a las personas y dársela al Estado. Pero el Presupuesto supone quitar *dinero... como quiera que se configure...*

Mi propia noción de socialismo es que se trata de un movimiento para asumir la responsabilidad sobre la vida y el trabajo de una persona, tanto como sea posible, y dársela al Estado. En mi opinión Alemania es benéficamente “socia-

y, en general, de los acuerdos o combinaciones dentro de la industria (también empresariales) sobre los precios. Y establecen, no de forma moralista sino basándose en la teoría, que resulta difícil persuadir a un trabajador que renuncie a una ganancia de una libra, que supondrá una pérdida de beneficio para el capitalista de 30 chelines, a menos que pueda demostrarse que tal pérdida afectará a los salarios a largo plazo. Más bien debe recordársele que el producto de un negocio constituye la demanda de trabajo en otro (ley de Say). Un trabajador no debería obtener una subida salarial a costa de disminuir la producción en su propio negocio, dado que producirá una disminución en el poder adquisitivo de los salarios de otros trabajadores. No obstante, los Marshall advierten que los obreros no disponían de un buen ejemplo sobre transacciones y usos comerciales en sus superiores, pues éstos acostumbraban a coludir para lograr beneficios inusitadamente elevados.

<sup>55</sup> En el último capítulo de su Teoría General, Keynes afirma expresamente que su teoría no aboga “por un sistema de socialismo de Estado que abarque la mayor parte de la vida económica de la comunidad. No es la propiedad de los medios de producción lo que es importante que el Estado asuma” (Keynes 1936, 378). Y tal vez, con sus propuestas de análisis y política económica en la mano, Keynes diría hoy que la extensión del estado de bienestar realizada en los países desarrollados desde 1960 supera lo que él habría imaginado o planteado.

<sup>56</sup> Se entienden, así, mejor algunas ideas de sus dos discípulos principales, Pigou y J. M. Keynes, y el desarrollo ulterior de la teoría económica, en Cambridge y en general. Por Ronald Coase sabemos que las imperfecciones o fallos del mercado no son tales, ni inherentes al mismo. Y que se han dado ejemplos en la historia, y existen, sistemas y fórmulas alternativas, mediante iniciativa e instituciones privadas, para su minoración, difuminación o desaparición.

lista” respecto a su regulación sobre aquellos que son incapaces de cuidar por sí mismos: y deberíamos copiar los métodos de Alemania en lo que se refiere a nuestro Residuo.

Pero en relación con otras categorías, considero el movimiento socialista no sólo un peligro sino, con mucho, el mayor peligro actual para el bienestar humano. Me parece que tiene dos caras, la administrativa y la financiera. Su principal agujijón parece estar en su vertiente administrativa.

...Considero que debilitan el carácter al limitar la iniciativa y embotar las aspiraciones; y reducen el genio al desviar la energía de la creación hacia la manipulación y el dominio. Por tanto, considero el proteccionismo como socialista, por cuanto, sobre todo en un país democrático, sitúa en posición preeminente a aquellos empresarios que son “expertos” en engañar a los funcionarios, legisladores y al público sobre la capacidad de su sector o rama industrial para cuidar de sí mismo.

En cuanto a su vertiente financiera, el socialismo puede llegar a ser rapaz, predatorio, ciego a la importancia de la seguridad en los negocios y despectivo de la buena fe pública. Pero... en

mi opinión, con moderación incluso son beneficiosos... Un movimiento cauteloso en pro del enriquecimiento de los pobres a costa de los ricos no me parece que deje de ser beneficioso, simplemente porque los socialistas digan que es un paso en su dirección.» (Marshall [1925] 1966, 462-3. Cursivas en el original).

En última instancia, Marshall habla de unos gastos públicos e impuestos que no perjudican, incluso favorecen, el espíritu de empresa, frente a otros gastos e impuestos que lo dañan o rebajan, y en modo alguno puede considerarse que los primeros disminuyan el “capital”. Tales son, sostiene Marshall, los gastos en educación de los hijos de las clases trabajadoras, en sanidad, en la provisión de espacios abiertos para el recreo y divertimento de todos los niños... Y añade que se trata de evitar los gastos imprudentes y ostentosos del Estado, igual que lo haríamos respecto de las personas privadas. Es la típica confusión entre el ámbito de lo público y lo privado, propia de quienes consideran que la política, equivalente al mercado, a la economía, puede sustituirlo cuando éste no actúa de forma eficiente<sup>57</sup>.

## Bibliografía

- Breit, William and Roger L. Ransom. 1971. Alfred Marshall - Exemplar of Neoclassical Economic Thought. Capítulo 3 de *The Academic Scribblers: American Economists in Collision*, New York: Holt, Rinehart and Winston, pp. 19-30.
- Dbfree. 2012. Alfred Marshall, Capitalist Realism & Marx. Blog at WordPress.com. Posted on January 11, 2012. <https://dbfree.wordpress.com/2012/01/11/alfred-marshall-capitalist-realism-marx/>. Última visita 26 de marzo de 2018.
- Dobbs, Zygmund. [1969] 2009. A. Marshall and J. Schumpeter, Were They Socialists? Capítulo XI en *Keynes at Harvard. Economic Deception as a Political Credo*. Austin (Texas): Perry Press. Versión en red <http://keynesatharvard.org/book/KeynesatHarvard-ch11.html>. Última visita 26 de marzo de 2018.
- Elliot, John E. 1990. Alfred Marshall on Socialism. *Review of Social Economy*, 48(4), pp. 450-476. URL: <http://www.jstor.org/stable/29769527>.
- Fish, George. 2012. The Alfred Marshall the Left Doesn't Know. *New Politics*, March 25, 2012. <http://newpol.org/content/alfred-marshall-left-doesnt-know>. Última visita 26 de marzo de 2018.
- Groenewegen, Peter. 1995. *A Soaring Eagle: Alfred Marshall 1842-1924*. Aldershot: Edward Elgar.
- Keynes, John Maynard. [1924] 1966. Alfred Marshall, (1842-1924). En A. C. Pigou (ed.), *Memorials of Alfred Marshall*. London: Macmillan, pp. 1-65.
- Keynes, John Maynard. [1936] 1973. *The General Theory of Employment, Interest and Money*. Vol. VII. *The Collected Writings of John Maynard Keynes*. London: Macmillan and Cambridge University Press for The Royal Economic Society.

<sup>57</sup> Véase Marshall [1925] 1966, 464-5. Elliot (1990) explica que utiliza el término “residuo” que aparece en la cita para designar a aquellos que no son, en modo alguno, empleables. (Elliot 1990, 452).

- Marshall, Alfred. [1873] 1966. The Future of the Working Classes. En A. C. Pigou (ed.), *Memorials of Alfred Marshall*. London: Macmillan, pp. 101-118.
- Marshall, Alfred. [1889] 1966. Cooperation. En A. C. Pigou (ed.), *Memorials of Alfred Marshall*. London: Macmillan, pp. 227-255.
- Marshall, Alfred. [1890a] 1920. *Principles of Economics*, London, Macmillan. [8ª edición, 1920]. Se ha utilizado la Novena Edición (*Variorum*) anotada por C. W. Guillebaud, London: Macmillan, 1961. Existe traducción española como Alfred Marshall. 1948. *Principios de Economía*, Madrid: Aguilar. Se ha utilizado también la 4ª edición de esta traducción que corresponde a 1963.
- Marshall, Alfred. [1890b] 1966. Some Aspects of Competition. En A. C. Pigou (ed.), *Memorials of Alfred Marshall*. London: Macmillan, pp. 256-291.
- Marshall, Alfred. 1892. *Elements of Economics of Industry*. Vol. I. London: Macmillan. (4ª edición 1913).
- Marshall, Alfred. [1907] 1966. Social Possibilities of Economic Chivalry. En A. C. Pigou (ed.), *Memorials of Alfred Marshall*. London: Macmillan, pp. 323-346.
- Marshall, Alfred. 1919. *Industry and Trade*. London: Macmillan. (4ª edición 1923).
- Marshall, Alfred. [1925] 1966. *Memorials of Alfred Marshall*. Pigou, Arthur Cecil (ed.). New York: Augustus M. Kelley.
- Marshall, Alfred y Marshall, Mary Paley. 1879. *The Economics of Industry*. London: Macmillan.
- Marshall, Mary Paley. 1947. *What I Remember*. Cambridge: Cambridge University Press.
- McWilliams-Tullberg, Rita [1975] 1982. Marshall's 'Tendency to Socialism'. En John Cunningham Wood (ed.), *Alfred Marshall. Critical Assessments*. Vol. I. London: Croom Helm, pp. 374-408. Original en *History of Political Economy*, 7(1), 1975, pp. 75-111.
- Méndez Ibisate, Fernando. 1996. Alfred Marshall y el banco central: política monetaria. *Revista de Historia Económica*, XIV(3), pp. 641-669.
- Méndez Ibisate, Fernando. 2004. *Marginalistas y neoclásicos*. Madrid: Ed. Síntesis.
- Méndez Ibisate, Fernando. 2007. Mary Paley Marshall (1850-1944). En Perdices de Blas y Gallego Abaroa (coord.), *Mujeres Economistas*. Madrid, Ecobook, pp. 151-196. Existe una versión preliminar y más amplia de este ensayo en Fernando Méndez Ibisate. *Documentos de Trabajo de la Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales* n° 22, 2001, ISSN: 2255-5471. <http://eprints.ucm.es/6744/1/0122.pdf>. o también <http://webs.ucm.es/BUCM/cee/doc/01-22/0122.pdf>. Últimas consultas 25 de marzo de 2018.
- Reisman, David A. 1990. Alfred Marshall as a Social Economist. *Review of Social Economy*, 48(4), pp. 395-414. URL: <http://www.jstor.org/stable/29769524>.
- Rima, Ingrid H. 1990. Marshall's Concern About Poverty: A Hundredth Anniversary Retrospective. *Review of Social Economy*, 48(4), pp. 415-435. URL: <http://www.jstor.org/stable/29769525>.
- Robbins, Lionel. 1961. *The Theory of Economic Policy*. London: Macmillan & Co. Existe traducción española, *Teoría de Política Económica*, Madrid: Rialp. 1966.
- Samuels, Warren J. and Thomas Schuster. 1990. Aspects of the Discursive and Interpretive Structure of Marshall's Arguments Concerning Labor Economics. *Review of Social Economy*, 48(4), pp. 436-449. URL: <http://www.jstor.org/stable/29769526>.
- Stigler, George J. 1969. Alfred Marshall's Lectures on Progress and Poverty. *The Journal of Law and Economics*, 12(1), pp. 181-226.
- Whitaker, John K. [1972] 1982. Alfred Marshall: The Years 1877 to 1885. En John Cunningham Wood (ed.), *Alfred Marshall. Critical Assessments*. Vol. I. London: Croom Helm, pp. 98-147. Original en *History of Political Economy*, 4(1), 1972, pp. 1-61.
- Whitaker, John K. (ed.). 1975. *The Early Economic Writings of Alfred Marshall*. Vols. I y II. London: Macmillan & Co.